

La fuerza y el poder



Introducción

Los hechos que están aconteciendo en el mundo en estos comienzos del siglo XXI y que inciden cada vez con mas intensidad en la vida del conjunto de los ciudadanos, vivamos en donde vivamos, nos obligan a recapitular sobre muchas cuestiones y conceptos que durante largos periodos fueron en general los dominantes en el común pensamiento y comportamiento de la sociedad. En los momentos de convulsión social, que anuncia cambios en uno u otro sentido, se ponen en cuestión y entran en crisis, muchos conceptos que parecían

inmutables. Hoy se habla de la crisis del trabajo, de la civilización, de las ideologías, de la democracia, de la moral... de una manera bastante corriente tanto en los sectores que gobiernan, como en los que se dedican a estudiar los procesos sociales, como en los consejos gestores de las entidades financieras, como en las conversaciones cotidianas de los ciudadanos. Alguna cosa debe estar cambiando.

Contrariamente a lo que sucedió en otros momentos históricos en donde, cuando se empezaron a dar los primeros síntomas anunciadores de la necesidad y posibilidad de grandes cambios, surgieron con bastante claridad nuevas fuerzas y nuevos pensamientos que en todos los órdenes señalaban su dirección (tanto en su contenido como en su forma), hoy parece que esto no sucede con tanta claridad. El repuesto a la sociedad del dinero está muy alejado del quehacer de cualquier pensador o erudito que intenta adentrarse en el futuro. En muchos casos, ni tan solo se atreven a reconocer su crisis ni las profundas causas que la provocan. Aunque las muestras de su resquebrajamiento ya no pueden ser escondidas por mas tiempo, son evidentes y realmente catastróficas para el conjunto de la Humanidad, nada ni nadie presagia qué puede sustituirla. Nadie sabe qué puede sustituir al trabajo asalariado, al empleo precario, a la democracia parlamentarista, al Estado nación, a los viejos pilares morales y éticos de la civilización occidental, a la ONU, o a un Imperio mundial en imparable construcción... Aunque la "economía de mercado" se ha convertido en una gran farsa, nadie osa ponerla en cuestión. Aunque el Derecho y las Convenciones Internacionales hayan desaparecido en

la práctica, nadie se atreve a aceptarlo. Nadie es capaz de repensar el nuevo Código que como aquel de Hammurabi o como aquella "Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano" del 26 de agosto de 1789 tras la toma de la Bastilla, constituiría los cimientos de un orden nuevo. No hay más Rousseau o Voltaire. Tanto es así que el "fin de las ideologías" o el "fin de la Historia" está en la cabecera del pensamiento de muchos intelectuales actuales. Las viejas ideologías que debían redimir a los trabajadores fracasaron. La búsqueda de una nueva ideología salvadora también está en profunda crisis. Los mismos sectores en el poder ansían encontrar un paraguas ideológico sustitutivo que justifique sus acciones. Un paraguas ideológico que hoy se acerca más a las concepciones fascistas que a la democracia de la última mitad del siglo pasado.

Pero, si bien todo esta vicisitud es cierta en el terreno del pensamiento (en el mundo de las ideas), en el terreno de la realidad material los procesos de cambio social son constatables cada día y por tanto perfectamente evaluables. Los hechos son incuestionables como tales y el carácter que separa cada vez más a la sociedad constructora con los poderes políticos que representan al poder depredador es abismal. Miles son, en el acontecer diario, los hechos que demuestra la enorme capacidad creadora de la sociedad que se enfrenta con el viejo orden. El proyecto "Simputer" (la computadora nacida al margen de las multinacionales en la India, simple, barata, multilingüe, licenciada bajo la GPL – software libre-, con numerosas prestaciones asequibles a usuarios con analfabetismo, etc.) representa un pequeño ejemplo de la enorme posibilidad de independencia tecnológica en los países pobres en el momento en donde arrecian las políticas privatizadoras del saber, las patentes y los royalties de propiedad industrial e intelectual. La sociedad conoce y tiene cada vez mejores herramientas que pueden desencadenarla de la sociedad del Capital y liberarla del trabajo asalariado. Cuando la vieja sociedad solo se sostiene privatizando, la nueva sociedad crea herramientas que facilitan la socialización.

Este es un hecho extraordinario pero a su vez anticipador de una gran batalla que librarán dos mundos totalmente contrarios.

Lo que en realidad vuelve a dirimirse, en esta inevitable confrontación, es la fuerza de cada uno de estos sectores en litigio. Solo de esta fuerza depende que los cambios tengan lugar en un sentido u en otro. La Historia demuestra que los cambios no se han producido de manera lineal y en ciertos momentos hemos podido revivir periodos de gran estancamiento y retroceso. Que fuera así en el siglo XXI, representaría una terrible derrota para la Humanidad de consecuencias imprevisibles. La fuerza del conocimiento humano puesta al servicio de la destrucción y el sometimiento es ahora enorme.

La fuerza y la razón

En ningún periodo histórico los conflictos tuvieron lugar entre la razón y la fuerza. Los cambios sociales, en uno u otro sentido, no pueden analizarse bajo la óptica de victorias morales, sino como el resultado de una confrontación

entre fuerzas opuestas. Tras los actos de fuerza se pudieron imponer a posteriori las normas justificadoras y legalizadoras de la dominación. En este sentido, la razón siempre estuvo, a posteriori, en el bando de los vencedores. Grandes civilizaciones se impusieron sobre pueblos atrasados y pueblos bárbaros derrumbaron sociedades mucho mas desarrolladas que las suyas. En todo el periodo depredador de nuestra Historia, el monopolio de la fuerza, de las nuevas tecnologías de destrucción, de la preparación de los ejércitos, de las nuevas tácticas militares fue el único sinónimo de victoria y de poder.

La guerra de Irak, por ejemplo, no es un conflicto entre el bien y el mal, entre civilizaciones o entre unas razones morales contra otras razones morales. Se trata de un conflicto de intereses entre unos sectores de poder que pretenden la privatización de unas fuentes energéticas clave para el desarrollo económico mundial y otros sectores de poder que quieren mantener estas fuentes bajo otra forma de propiedad llámese estatal o nacional. Idéntico litigio tiene lugar en Venezuela. Es la continuación y culminación de un proceso en donde antes, en el siglo pasado, se enfrentaron burguesías nacionales (guerras entre naciones) y ahora se enfrentan sectores supranacionales privados entre ellos mismos o con poderes de ámbito aún territorial o nacional. Estos enfrentamientos se producen absolutamente al margen de las formas de representación política de estos grupos de poder (sean estados democráticos, dictatoriales o feudales). La defensa o la recuperación "nacional" de estos recursos podrían suponer, teóricamente, una condición *sin equanum* para el desarrollo de los pueblos que dispusieran de él, pero a la vez sería idéntica condición para el no-desarrollo de los que no lo tuvieran. Por este camino, el conflicto entre los pueblos por estos recursos está asegurado. España no tiene prácticamente, en su territorio, ninguna de estas fuentes energéticas (petróleo o gas natural) imprescindibles.

Suficientes hechos demuestran el carácter cada vez más privado de las guerras por la disputa de los recursos de la Tierra. Según ha declarado Bush esta misma semana, los EEUU están dispuestos a costear el entrenamiento y el equipamiento de un ejército de 75.000 soldados de cualquier país para intervenir en cualquier conflicto en la faz de la Tierra bajo la bandera del "mantenimiento de la paz o de Operaciones de Paz Globales". Ejércitos de mercenarios ya actúan desde hace mucho tiempo en numerosas guerras.

Cuando un gran aparato militar consigue pertrecharse ideológicamente con una gran coartada capaz de arrastrar a su población a una empresa guerrera y ésta triunfa, está entonces en disposición de imponer a las poblaciones conquistadas su orden social. Su victoria es simplemente el producto de la utilización de la fuerza. El Tercer Reich solo podía construir un nuevo orden civilizatorio tras el triunfo de una victoria militar. Entonces, el pueblo alemán cumplió con la política de la fuerza de sus dirigentes. Como siempre, una victoria militar supone un acto de apropiación por la fuerza de territorios, recursos, fuentes energéticas, mano de obra, etc. El verdadero objetivo de la victoria.

La fuerza vital de la sociedad humana, la que le impulsa a la creación de vínculos constructivos para solucionar los problemas de su supervivencia, se

ha desarrollado siempre en el marco de una guerra entre los sectores de poder que han disputado los resultantes de su trabajo social. La Humanidad ha conseguido siempre grandes logros que ha visto una y mil veces desbaratados y destruidos. Ha empezado muchas veces procesos reconstructores. Ha seguido siempre adelante en su labor creadora. Pero nunca tuvo la fuerza suficiente para oponerse y vencer a las fuerzas depredadoras. Nunca pudo realmente desertar de sus guerras, deshacerse de las grandes imposiciones ideológicas o religiosas que la esclavizaron al jefe tribal, al feudal, al rey, al patrón, al presidente de la nación o al dictador de turno. Siempre estuvimos alineados a favor de un bando depredador en contra de otro bando también depredador. La sociedad humana ha sido hasta ahora la gran protagonista de la Historia, pero no la soberana de ésta. Dividida y disgregada en diferentes territorios separados, en periodos de desarrollo a veces muy dispares, bajo comportamientos culturales distintos fuertemente arraigados,... nunca ha sido realmente soberana. La Patria Tierra fue un sueño muy alejado de la realidad hasta tan solo los inicios del siglo XIX. Hoy sigue siendo un sueño pero cada día, un sueño más cercano.

Zapatero, ha cumplido su promesa de retirar los soldados españoles de la guerra de Irak. Ha sido una gran victoria de la sociedad española contraria a una guerra que creíamos injusta y bárbara. Las grandes mentiras no se sostuvieron por mucho tiempo y el verdadero cariz de un infame acto de piratería se puso al descubierto. Pero el problema sigue en pie.



Zapatero va a alinearse probablemente al lado de otros sectores de poder (los europeos) que pugnan también desesperadamente por participar en un acto de piratería que la sociedad del dinero no puede sustraerse de realizar. Quienes tengan o consigan, de una u otra manera, fuentes energéticas continuarán por las vías del desarrollo económico, quienes sean excluidas de estas se apearán de él. Si unos tienen más, otros tendrán menos. Si unos lo tienen todo, otros no tendrán nada. Son las únicas leyes matemáticas que rigen este periodo de concentración capitalista.

Los ciudadanos del mundo no podemos seguir eligiendo entre unos u otros, entre los vencedores o los vencidos, entre los supervivientes o los excluidos. La guerra entre las grandes compañías no es nuestra guerra. La Humanidad en su conjunto debe recuperar la soberanía sobre sus recursos y ponerlos a disposición para el uso generalizado y común. La Fuerza de la

sociedad humana debe enfrentarse con la fuerza de los diferentes sectores privados que litigan por estos recursos.

La gran vitalidad de la sociedad constructora, en el marco de unas relaciones capitalistas, ha creado herramientas muy eficaces para solucionar los grandes problemas que acuciaron sociedades anteriores, para acortar divisiones y separaciones, para fomentar el comercio y el transporte, para acercar a los pueblos alejados y para diluir diferencias culturales que cada vez resultarán más ineficaces como coartadas a empresas guerreras en las que nos veamos arrastrados los ciudadanos a favor de uno u otro sector de poder. La sociedad humana ha alcanzado grandes conocimientos científicos que le permiten disponer de una gran fuerza creadora y destructora al mismo tiempo.

Ni en el nombre del bien ni del mal, ni de Alá ni de Dios van a poder movilizarnos fácilmente para una guerra que no es la nuestra. La sociedad a construir no puede basarse en la legalización de los actos de piratería privados sino en acciones favorables a la vida y cooperadoras que pueden ser fácilmente realizables porque tenemos los medios suficientes para que así pueda ser. Por primera vez hemos entrado en un periodo en donde se hace muy difícil la consecución de guerra entre pueblos, entre países, entre razas, entre religiones como grandes coartadas de guerras entre sectores privados. No creo que la sociedad norteamericana ni la europea escojan hoy el camino de la guerra. No creo que pueda imponerse una fuerza manipuladora lo suficientemente poderosa para continuar por este camino. Es necesario aclarar aquí el carácter militar del capitalismo en la actualidad. Su esencia es lo que nos determina a tener que utilizar la fuerza de la sociedad del conocimiento. Es la fuerza que siempre es necesario utilizar para empuñar el azadón que debe cavar su tumba. Un sistema basado en la apropiación de los recursos para su disfrute individual genera una constante disputa con la inmensa mayoría de las personas que se ven privados de ellos. Es en este sentido que los propietarios agrupados en grandes corporaciones de carácter privado se ven empujados hacia organizaciones cada vez de carácter más militar y menos social. Es el mismo proceso, salvando las distancias y los distintos grados de desarrollo, que se dio en el feudalismo decadente y moribundo. Ejércitos de rapiña y protectores de cobradores de impuestos, defensores de la propiedad de la tierra de los nobles y perseguidores de los que tenían que robar gallinas como único medio práctico de subsistencia. La OTAN y el proyecto de ejército africano, son claros ejemplos de la política que los gestores del capital están dispuestos a aplicar para el saqueo del mundo en beneficio de los grandes grupos económicos. Las disputas entre Naciones ya no pueden ser tramitadas ni resueltas en marcos institucionales como las Naciones Unidas. Los Tribunales Internacionales ven denegada su autoridad y por tanto despojados de su potestad arbitral. En su lugar surgen organizaciones cerradas como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y todo tipo de Foros privados muy parecidos a las antiguas sociedades secretas que aspiraban a dirigir el mundo desde las logias y los concilios.

Algunos intelectuales pretenden teorizar este carácter militar del capitalismo elevándolo a la categoría de nuevo modelo social intentando

escapar de una realidad que rompe sus dogmas. Son los intelectuales de una vieja izquierda incapaz de asimilar el derrumbe del socialismo de estado y que no saben escapar de la tela de araña que ellos mismos tejieron. Son los grandes místicos de la política que un día aplauden la guerra cruel declarada a la ya difunta Yugoslavia, para al día siguiente montar grandes campañas contra la guerra de Irak. Son los que apoyan a las tropas españolas en los Balcanes y se manifiestan contra las que están en Irak. Alguien debería recordarles, aunque fuera de vez en cuando, que siendo tan amantes de la legalidad internacional, tan ilegal es una como otra. De la misma manera deberían informarse que al día de hoy se hallan en curso no menos de 40 conflictos bélicos, todos ellos ilegales e ilegítimos, bárbaros y repugnantes a la condición humana.



El carácter militar, la guerra como la fuerza básica en la que se apoya la actividad económica ha entrado en un estado de no retorno. Las guerras que hemos visto hasta ahora serán recordadas, si existe algún futuro, como pequeños episodios comparados con las grandes guerras que

están en preparación. Desde la década de los 90 en la que quedó completada la subordinación de la actividad productiva al restringido círculo del capital financiero, el inmediatismo especulativo, la ausencia de reglas de juego, la trasgresión sistemática de las leyes internacionales, los modos mafiosos, el ejercicio autoritario del poder fuera de todo límite, el desprecio a los derechos más básicos de todo ser humano, se han erigido y han adquirido categoría de política de Estado. Esto que ahora empezamos a ver claramente en Estados Unidos ya rige también en la mayor parte del mundo. Palestina, Chechenia, El Congo e Irak son el resultado de la esencia guerrera y militar del capitalismo en su senilidad. Es inútil el esfuerzo manipulador de las guerras infinitas contra el terrorismo, la cultura islamista y cualesquiera otros tópicos. En un pasado todavía reciente el capital consiguió enfrentar a la humanidad en dos bandos. El tercer Reich fue derrotado pero no aniquilado en sus fundamentos. Hoy vemos como resurge en el país que más hizo por derrotarle y esto provoca que los bandos vayan definiéndose con rapidez. Pero, mientras que la fuerza parezca tan dispar entre los sectores resueltos a que la guerra de conquista (pertrechados de una gran fuerza militar) siga siendo el camino de la conservación de su poder a cualquier precio y los sectores que consideramos que solo en el camino de la construcción solucionaremos nuestros problemas, el resultado de la contienda no deja lugar a dudas. Pero esta correlación de fuerzas que parece tan desfavorable no lo es.

La sociedad constructora tiene una enorme potencialidad y puede imponer su soberanía por medio de un gran acto de fuerza que venza a los sectores depredadores aunque estos estén dispuestos a utilizar, sin el menor escrúpulo, cualquier acto criminal para impedirlo. Es en realidad la sociedad constructora la que investiga, la que crea y la que hace posible un gran desarrollo tecnológico que es apropiado y utilizado por el poder para sus fines mezquinos. Es ella quien fabrica los satélites, los nuevos ingenios armamentistas, los sistemas de comunicación,... Son los seres humanos nacidos de esta sociedad del conocimiento quienes en última instancia controlan los grandes centros militares, los aviones, las tanquetas, los radares... y quienes también pueden o no, apretar los botones que guían los misiles hacia de la destrucción de los pueblos.

Nunca como ahora, el mundo del poder depredador estuvo tan necesitado del mundo del conocimiento, la gran fuerza revolucionaria de la sociedad. Tarde o temprano ésta dejará de arrodillarse y se sublevará contra él.

Solamente la fuerza entre dos bandos en litigio volverá a dirimir si los cambios sociales tendrán lugar en un sentido u en otro. El pensador pacifista por excelencia Günther Anders ha escrito a sus 85 años: *"No hay un método alternativo, no hay otro método que la amenaza (si queremos la supervivencia de nuestra generación y queremos asegurar la existencia de las generaciones venideras) contra todos aquellos que insisten en continuar poniendo en peligro la vida humana (...). No hay que vacilar en eliminar a aquellos seres que por escasa fantasía o por estupidez emocional no se detienen ante la mutilación de la vida y la muerte de la Humanidad"*.

Los recursos energéticos no son privados, ni nacionales, ni propiedad de los habitantes del territorio en donde la naturaleza los dispuso. Son Patrimonio común de la Humanidad en su conjunto.

La sociedad del dinero, la sociedad en donde la propiedad privada es ley intocable nunca puede resolver favorablemente este problema.

La fuerza de la sociedad del conocimiento tiene en sus manos la solución. Solo cuando esta fuerza se ponga en marcha y se organice, podrá cambiar favorablemente el rumbo de la Historia. Las razones morales nunca cambiaron la Historia, las razones de fuerza sí.

Josep, Abril 2004